

SOBRE LA GÉNESIS DE *EL RUEDO IBÉRICO*: “OTRA CASTIZA DE SAMARIA”

El 15 de noviembre de 1929 —un año después de la aparición de *Viva mi dueño*— publicó Valle Inclán en la colección periódica “La novela de hoy”¹ el episodio *Otra castiza de Samaria*, que lleva por subtítulo *Estampas isabelinas*. Dicho episodio pasaría a integrar —con importantes variantes y adiciones— el libro titulado *Alta mar de Baza de espadas*. Este libro es el más largo y el que ofrece más riqueza imaginativa de los únicos cinco que conocemos de *Baza de espadas* (como es sabido, Valle interrumpió los folletines que estaba publicando en *El Sol* con ese título el 19 de julio de 1932).

Alta mar ofrece en delirante sociedad y en el forzoso encuentro de toda travesía marítima, personajes tan singulares como Miguel Bakunin, Fermín Salvochea, Baldomera Larra, Paúl y Angulo, Nicolás Estévez, Alcalá Zamora... y en contrapunto con estas figuras históricas, algunas pintorescas figuras prototípicas. Pero vayamos por partes y dediquemos nuestra atención a *Otra castiza de Samaria* ya que no ha sido estudiada hasta ahora por la crítica valleinclanista². El cotejo entre las dos versiones es interesante tanto desde el punto de vista estilístico como desde el estructural. La estructura del texto definitivo aparece modificada, en parte, por la sustitución de un personaje —Kropotkin por Bakunin— y la adición de otros, y en parte porque Valle caracteriza más amplia y profundamente a los personajes que ya habían aparecido.

A los efectos de un cotejo estilístico entre una y otra versión transcribiré sólo el primer capitulillo para que el lector pueda advertir el tipo de correcciones que introduce el autor³:

¹ Núm. 392, con ilustraciones de Puyol que reproducimos abajo.

² Agradezco al erudito Antonio Odriozola el haberme facilitado uno de los rarísimos ejemplares del folleto.

³ He preferido reproducir los textos, tanto el de esta cita como el de la novela completa (véase *infra*, pp. 70-88), tal como aparecieron en la edición de “La novela de hoy”; así pues, la ortografía, la puntuación e inclusive las erratas corresponden a esa edición.

*Otra castiza de Samaria**Alta mar*

I

I

La Antorcha de Gadex, logia del rito escocés, famosa en los anales revolucionarios, acordó enviar parlamentarios al Desterrado de Londres. Los Hermanos ** Pomponio Mela y Claudio Nerón, una noche de aquellos idus julianos, salieron de escondite para embarcarse en Gibraltar. Y esperando pasaje hicieron conocimiento con dos tenientes de Cazadores, capitanes graduados por la campaña de Africa. Otro día se les juntó un clérigo sin licencias, que mediaba en los tratos para sublevar al Fijo de Ceuta. Reunidos, tomaron pasaje a bordo de un viejo vapor abanderado en Gibraltar y perteneciente a la casa armadora Lewinson y Calvo. Embarcaron una tarde de bochorno, aburrida en la lectura de la biblia. Azoteas, mástiles, banderas, geometría castrense, cañones, gorretes colorados. Improvisó Nicolás Estébanez, uno de los capitanes:

De la suerte me acosan los reveses.
Dígalo mi gabán de tiritaña.
Soy como Gibraltar, que está en
[España
y pertenece todo a los ingleses.

La Antorcha de Gadex, logia del rito escocés, famosa en los anales setembrinos, acordó enviar parlamentarios al Desterrado de Londres. Los Hermanos Tiberio Graco y Claudio Nerón, una noche de aquellos idus julianos, salieron de escondite para embarcarse en Gibraltar. Esperando pasaje hicieron conocimiento con dos tenientes, capitanes graduados por la Campaña de Africa: Otro día se les juntó un clérigo sin licencias, que mediaba en los tratos para sublevar al Fijo de Ceuta: Reunidos en camarada, tomaron pasaje a bordo de un viejo vapor perteneciente a la casa armadora Lewinson y Calvo —el *Omega*, abanderado en Gibraltar—. Embarcaron una tarde de bochorno, aburrida en la lectura de la Biblia. Tarde dominical, con la quietud y el cromatismo de una estampa litográfica —azoteas, mástiles y banderas, gorretes colorados, reducidos y cañones, geometría castrense—.

Es evidente que Valle cambió *revolucionarios* por *setembrinos*, para evitar la rima con *parlamentarios*. Luego dio otro orden a los miembros de la enumeración, atendiendo principalmente a formar unidades rítmicas, y colocó en posición final el miembro resumidor —*geometría castrense*— con indudable eficacia; también suprimió, a mi entender acertadamente, un cuarteto poco significativo.

Veamos ahora los cambios estructurales entre una y otra versión. *Otra castiza de Samaria* consta de 13 capitulillos y *Alta mar* de 39, que se corresponden de la siguiente manera: el primero de OCS con el primero de AM, y luego: II → XV; III, IV y V → XVI; VI → XVII; VII → XVIII; VIII → XIX; IX → XX; X → XXI;

XI → XXXVII; XII → XXXVIII; XIII → XXXIX. Como se advierte, Valle ha aumentado el material entre los caps. I y II y entre el X y el XI de la versión primera. Los capitulillos agregados están destinados a caracterizar mejor a los personajes y a ampliar el tipo de relaciones entre ellos. Así, al sustituir al príncipe Kropotkin por Bakunin, destina más espacio a la exposición que éste hace de sus propias teorías, contrapone su figura con la del "Boy"⁴ (que no aparecía, naturalmente, en la primera versión) e introduce modificaciones que iremos viendo al analizar el contenido.

Toda la acción de *Otra castiza de Samaria* ocurre a bordo del vapor que hace la travesía entre Gibraltar y Liverpool (en esta versión no tiene nombre, pero en *Baza de espadas* se llamará *Omega*). Entre los pasajeros hay cinco revolucionarios españoles que van a entrevistarse con Prim: Pomponio Mela, que dentro del mismo texto se transforma, quizá por distracción, en Tiberio Graco (esta última es la única denominación que subsiste en *Baza de espadas*) y Claudio Nerón, de quien se da poco después el nombre verdadero: Paúl y Angulo; los militares Nicolás Estévanez y Adolfo Pons (quien en *Baza de espadas* es sustituido por el capitán Meana) y un "clérigo sin licencias", Luis Alcalá Zamora.

A bordo del vapor viajan (tanto en *Otra castiza de Samaria* como en *Baza de espadas*) anarquistas que exponen su ideología, en cierta manera enfrentada con la republicana. Pero la variante más significativa, en lo que se refiere a los personajes, es la siguiente: en la primera versión Valle había elegido la figura del príncipe Kropotkin, elección que no le pareció acertada, ya que la sustituyó en la versión definitiva por la de Miguel Bakunin. Sin duda, Valle pensó primero en Kropotkin por la estrecha vinculación entre este revolucionario y los anarquistas españoles —que se produce años después de 1868— y en especial por su relación con Salvochea. Es evidente el interés que tenía por introducir a un "gigante ruso" en el barco, aun a riesgo de no respetar —en ninguna de las dos versiones— la verdad histórica. Kropotkin, en el verano de 1868 —fecha en que transcurre la narración de Valle— tenía 26 años y aún no había salido de Rusia. En 1872 viajó por primera vez a Europa occidental, donde se puso en contacto con compatriotas emigrados,

⁴ Bakunin llamaba "Boy" a su joven correligionario Sergio Netchaev. Aunque Valle no utiliza su nombre verdadero es evidente que ha querido caracterizarlo: el discurso que sobre el Boy pone en boca de Bakunin no es inventado; utiliza una carta de Bakunin —fecha el 24 de julio de 1870— a Talandier (no a Natalie Herzen como dice MANUEL BERMEJO MARCOS, siguiendo a E. H. Carr, en *Valle Inclán: Introducción a su obra*, Madrid, 1971, p. 345). Véase JAMES GUILLAUME, *L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878)*, Paris, 1905-1910, t. 2, p. 61.

y volvió a Rusia con gran cantidad de bibliografía prohibida. En 1874 fue encarcelado y logró fugarse dos años después; viajó a la emigración en un vapor inglés, único detalle que coincide con *Otra castiza de Samaria*. Vivió en Inglaterra y Suiza principalmente, donde conoció a Severino Albarracín, internacionalista español emigrado tras los sucesos de Alcoy. En el congreso de 1877 conoció también a Morago y a Viñas, o a Serrano, quienes lo pusieron al tanto de las disensiones entre las Asociaciones de Madrid y Barcelona, por lo que Kropotkin decidió viajar a España para actuar como intermediario —en Barcelona prevalecía la tendencia sindicalista y en Madrid la terrorista⁵.

Kropotkin estuvo en España durante un mes y medio, en junio y julio de 1878⁶. Su vinculación con los internacionalistas españoles fue continua: por un lado publicaba en su periódico *Révolté* todo cuanto éstos le hacían llegar, y por otro, su nombre aparecía continuamente en las publicaciones anarquistas de la Península. *La Revista Blanca*, de Madrid, publica traducciones de sus obras en casi todos los números, y en 1899 anuncia que Fermín Salvochea, redactor de la revista, está traduciendo un libro suyo (debe de tratarse de *Campos, fábricas y talleres*, escrito en 1898).

Cuando Valle decidió sustituir a Kropotkin por Bakunin, no necesitó modificar los rasgos principales de su retrato, ya que los dos revolucionarios rusos tenían rasgos físicos en común. Así en *Otra castiza de Samaria*:

El príncipe Pedro Kropotkin iluminaba el nuevo alojamiento con su ancha sonrisa barbuda, de apóstol eslavo. Los ojos, en una mirada clara, de una jovialidad campesina, no mostraban asombro, y su expresión podía ser de amorosa confianza en la caridad de los hombres (cap. III).

En *Baza de espadas* repite, con idéntica verosimilitud:

El Maestro iluminaba el nuevo alojamiento con su ancha sonrisa barbuda de apóstol eslavo. Los ojos claros, de una jovialidad campesina, no mostraban asombro, y su expresión podía ser de amorosa confianza en la caridad de los hombres (cap. XVI).

Claro que la elección de Bakunin como personaje es mucho más acertada, porque éste era ya un revolucionario profesional en 1868 y tenía la autoridad suficiente como para exponer sus doctrinas ante

⁵ Véase MAX NETTLAU, *Impresiones sobre el socialismo en España*, Madrid, 1971, p. 73.

⁶ JOSEPH TERMES, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*. Barcelona, 1972, p. 253.

un respetuoso auditorio, como lo hace en *Baza de espadas*; la dimensión que alcanza su figura en la novela puede considerarse como una metáfora de la enorme difusión de las doctrinas bakuninistas en España⁷. Por otra parte, con Bakunin pudo introducir la figura de Netchaev —el "Boy"— y exponer así la versión de otro tipo de anarquismo —el de "la propaganda por el hecho"—, aunque violara también la geografía y la cronología, ya que ni Bakunin ni Netchaev estuvieron nunca en España.

Fermín Salvochea aparece con las mismas características tanto en uno como en otro texto. Valle ha querido dejarnos la imagen del apóstol laico, austero, sencillo y puritano, que no fuma ni bebe ni se permite exaltaciones eróticas⁸. Pero Valle lo presenta excesivamente tímido y casi afeminado, con rasgos que no dejan presumir al fiero y tenaz revolucionario que fue en la realidad. Salvochea, que pertenecía a la adinerada burguesía de Cádiz, vivió entre los 15 y los 20 años en Inglaterra. Él mismo ha trazado la biografía espiritual de su juventud: "lo primero que leí fue *El judío errante*, más tarde, en Inglaterra, Thomas Paine me hizo internacional. Estas palabras del maestro: «Mi patria es el mundo, mi religión el hacer bien y mi familia la humanidad» quedaron para siempre grabadas en mi mente, y a ellas he procurado ajustar mi conducta. Después Roberto Owen me enseñó las excelencias del comunismo y Braudlaugh me convirtió en convencido ateo. Lo demás vino por sí solo"⁹. En *Tierra y libertad* afirma que en 1862 era falansteriano¹⁰. En 1866 participó en la conspiración secreta que tenía por objeto liberar a los presos por los sucesos del cuartel de San Gil, que habían sido conducidos al castillo de San Sebastián e iban a ser deportados a Manila. Desde entonces actúa en los círculos democráticos y en las asociaciones obreras clandestinas. Participó, junto a Paúl y Angulo,

⁷ Seguramente, Valle iba a desarrollar el tema del bakuninismo en la novela *Fueros y cantones*, programada para el ciclo de *El ruedo ibérico*, que no llegó a escribir (véase la lista de títulos de las tres series en la primera edición de *La corte de los milagros*).

⁸ Es la imagen prototípica del anarquista considerado como un apóstol y un santo que transmiten los historiadores (por ejemplo, JUAN DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, 1929, pp. 226-227; JAMES JOLL, *Los anarquistas*, Barcelona, 1968, p. 218; RAYMOND CARR, *España (1808-1939)*, Barcelona, 1969, p. 425). Imagen que adoptó Blasco Ibáñez en *La bodega* cuando retrata a Fermín Salvochea con el nombre de Salvatierra. IRIS ZAVALA trató el tema y otros colindantes con este artículo en su imprescindible "Historia y literatura en *El ruedo ibérico*" en *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, Nueva York, 1970, pp. 425-449.

⁹ Declaración a FEDERICO URALES, "La evolución de la filosofía en España", en *La Revista Blanca*, 1 de noviembre de 1902, p. 260.

¹⁰ El 19 de julio de 1902. Véase también MAX NETTLAU, *op. cit.*, *loc. cit.*

en el frustrado levantamiento de Cádiz del 9 de agosto de 1868, novelado por Valle en *Albures gaditanos de Baza de espadas*¹¹. Hecha la revolución, era inevitable que los republicanos más radicalizados se pasaran a la oposición, ya que progresistas y unionistas trataban de excluir del poder a los demócratas y de desarmar al pueblo. Salvochea volvió a luchar en Cádiz, junto a los Voluntarios de la Libertad entre el 10 y el 13 de diciembre, para resistir la entrega de armas dispuesta por el gobernador militar. El general unionista Caballero de Rodas logró desarmar y detener a los Voluntarios, entre ellos a Salvochea, que no quiso huir.

Nicolás Estévez cuenta en sus *Memorias* los acontecimientos de esta manera:

Dentro de la ciudad dominaba en absoluto el pueblo vencedor, personificado en el joven Salvochea. Era Fermín Salvochea, pocos días antes, un gran desconocido; los sucesos de Cádiz lo hicieron el hombre más popular de Andalucía y aun de toda España [...]. Cuando acaudilló a sus convecinos, deliberadamente provocados por los montpensieristas, era republicano federal; después ha evolucionado, no como la mayor parte de los personajes del 68 sino en sentido progresivo y obedeciendo a la lógica revolucionaria¹².

Al año siguiente, en septiembre de 1869, cuando Sagasta publicó un decreto que limitaba el ejercicio de los derechos constitucionales, los republicanos respondieron levantando partidas en Andalucía y Levante. En esas luchas vuelven a estar unidos algunos de los héroes que Valle reunió en su narración quizá porque iba a proseguir, en la segunda serie de *El ruedo ibérico*, que no llegó a publicar, la historia que sus héroes personificaron en común. Paúl y Angulo organizaron el levantamiento en Jerez y en Arcos, al que se unió Salvochea, y Estévez intentó levantar Béjar pero fue detenido; Rafael Guillén (que aparece junto a ellos en *Albures gaditanos*) tomó el mando de la partida de Paúl y Angulo y Salvochea, y murió en combate. Salvochea huyó a Gibraltar, París y Londres y volvió a España con la amnistía de 1871; posiblemente en ese mismo año se afilió a la Internacional¹³. La historia une otra vez los nombres de Salvochea y Estévez cuando ambos integran una comisión que tiene por objeto viajar a París para informarse de los sucesos de la Co-

¹¹ Sobre la relación entre *Baza de espadas* y *Memorias íntimas de un pronunciamiento* de PAÚL Y ANGULO, véase mi artículo "Valle Inclán, Paúl y Angulo y la revolución del 68", *Ins*, 1975, núm. 339.

¹² NICOLÁS ESTÉVEZ, *Fragmentos de mis memorias*, Madrid, 1903, pp. 284.

¹³ Véase CLARA E. LIDA, *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Madrid, 1972, p. 161, nota 121 y p. 181 nota 39.

munas, pero la insurrección acabó antes de que la delegación iniciara el viaje (*ibid.*, p. 188).

No es mi propósito hacer la biografía completa de Salvochea, sino explicar de alguna manera su presencia y la ideología que expone en el vapor, para que el lector pueda contrastar la realidad histórica —que Valle conocía muy bien— con la reelaboración novelesca. Sólo agregaré que durante la República fue gobernador de Cádiz y luego presidente del comité administrativo del cantón hasta que Pavía tomó la ciudad a principios de agosto. Salvochea fue encarcelado entonces en el Peñón de la Gomara, de donde huyó siete años después. En fin, que dejando de lado su solidaridad y humanitarismo, probados tanto en la guerra como en la cárcel, nos cuesta relacionar al Salvochea de la historia con el de Valle: candoroso, confuso, irresoluto, ruborizado, características que se acentúan aún más en *Baza de espadas* por contraposición con el "Boy".

En cuanto a Paúl y Angulo, en *Otra castiza de Samaria* Salvochea dice a Kropotkin (y en *Baza de espadas* a Bakunin) que aquél está "muy cercano" en ideología a "los nuestros", lo que se justifica históricamente porque Paúl y Angulo era un republicano federal fervoroso —ya señalé más arriba su actuación en las luchas republicanas inmediatamente posteriores a la revolución de 1868— luego se exilió¹⁴, en vísperas de proclamarse la República Federal regresó a Madrid e hizo la apología de la Comuna en un banquete en el que participaron políticos radicales extranjeros¹⁵. El retrato de Paúl y Angulo es, en los dos textos de Valle, más realista que el de Salvochea. El andaluz era amante del vino, de las mujeres y del tabaco, achispado y dispendioso siempre; al leer la novela nos queda de él la misma imagen que nos ha dejado la historia. Pero hay una variante de importancia entre los dos textos: cuando los revolucionarios españoles explicitan su ideología, en *Otra castiza de Samaria* Paúl y Angulo dice: "Creo que soy un socialista federal, no estoy convencido" (cap. IV); en cambio en *Alta mar* el que afirma esto es Estévez (cap. XVI). Valle advirtió que a la personalidad de Paúl y Angulo no le correspondía dudar, ya que en los dos textos se expresa siempre con rotundas afirmaciones y además, la frase de la primera versión no corresponde a la verdad histórica, porque en *Memorias íntimas de un pronunciamiento* Paúl y Angulo había afirmado: "Yo he sido, soy y seré republicano federal, esencialmente socialista" (p. 45, véase nota 11).

¹⁴ Como se sabe, Paúl y Angulo fue uno de los principales implicados en el asesinato de Prim, pero Valle Inclán creía que era inocente. Véanse sus artículos en *Ahora*, "Paúl y Angulo y los asesinos del general Prim", 2-VIII, 13-VIII, 16-VIII, 28-VIII y 20-IX de 1935.

¹⁵ C. E. LIDA, *op. cit.*, p. 198.

Otro pasajero es Nicolás Estévez, citado más arriba, quien cuenta en sus *Memorias*¹⁶ el viaje que realizó con su compañero y amigo Adolfo Pons y Monteis para entrevistarse con Prim. Por cierto que no hicieron el viaje en la abigarrada compañía que inventa Valle, ni desde Gibraltar, sino que atravesaron Francia para llegar a Inglaterra. Valle tuvo presente las *Memorias* de Estévez¹⁷ y tomó de ellas lo que le convino, pero en cuanto al viaje en sí, decidió liberarse un poco más de su fuente y sustituyó —en *Baza de espadas*— a Pons por el capitán Meana.

Por último, tenemos en el barco a cuatro personajes que viajan para asesinar a Prim. Personajes pintorescos —como Sofía Aranguren e Indalecio Meruéndano— o siniestros —como Teodolindo Soto y J. J. Martínez (que en *Baza de espadas* es José Cartagena, el Pollo de los Brillantes). Por poco que se compare, salta a la vista cómo Valle perfeccionó la figura de la “Sofi” en *Baza de espadas* y cuánto trabajó el lenguaje coloquial. Véase por ejemplo el siguiente discurso:

—¡Yo sola se la robé, y no ha sido por menos que para salvarle la vida! A él se lo pregunten, si no lo ha matado ese satánico, que cuanto más goza es cuanto más negro tengo el cuerpo de sus crueles tratos... ¿El español es vivo? ¡ A ese santo que le pregunten de mi culpa! Sobre la borda, por la bajera, me salvó de la muerte este bárbaro. ¿Por quién daba mi vida tan desesperada? (*Otra castiza de Samaria*, cap. VII).

Que se transforma así en *Baza de espadas*:

—¡Yo sola se la robé, y no ha sido por menos que para salvarle la vida! El propio interesado no diría cosa diferente. Pregúntenle, si por suerte no la dió a manos de ese satánico, que cuanto más goza es cuanto más negro tengo el cuerpo por su maltrato. Pregúntenle, si es vivo. ¡Que le pregunten de mi culpa! Sobre la borda, por la bajera, me salvó de la muerte este bárbaro. Pregúntenle por quién daba mi vida tan desesperada (cap. XVIII).

Es evidente que Valle se enamoró de estos personajes, que vuelven a aparecer en *El trueno dorado* en curiosas conexiones con *La corte de los milagros*, como ha señalado Emma Speratti-Piñero¹⁸.

En *Otra castiza de Samaria* aparece también, aunque sólo de

¹⁶ N. ESTÉVEZ, *op. cit.*, p. 243 ss.

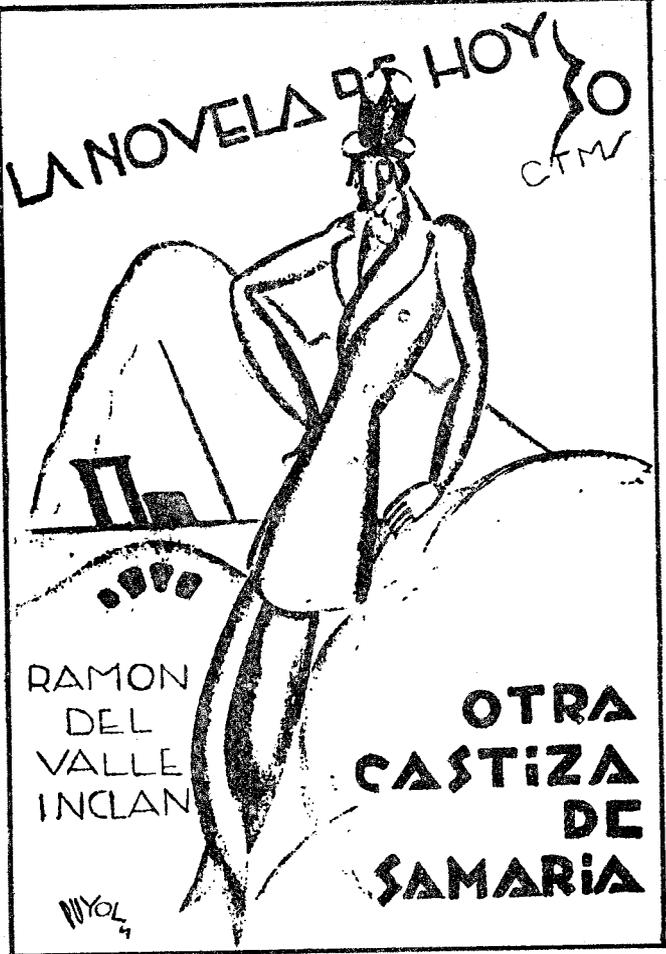
¹⁷ La escena de la entrevista entre Prim y Estévez, que integra el libro *Tratos púnicos de “Baza de espadas”* está, aunque muy reelaborada, inspirada en esas *Memorias*.

¹⁸ EMMA SPERRATTI-PIÑERO, “Las últimas novelas de Valle Inclán”, en *De “Sonata de Otoño” al esperpento*, London, 1968, pp. 321-327.

paso, un personaje que iba a tener más larga actuación en *Baza de espadas*. La "rubia con papillotes y peinador de lazos" que ofrece su frasco de sales a la "Sofi" (cap. IX) es Baldomera Larra, que unía al mítico prestigio de su padre excentricidades de su propia cosecha. Adivinamos la delectación del autor al incluirla entre los pasajeros, moviéndose en constelación con otros personajes tan históricos como ella, o tan prototípicos, ya que su historia es un episodio de la picaresca madrileña decimonónica.

Por fin, como el texto es tan importante para estudiar la evolución creadora de Valle, lo incluimos a continuación.

LEDA SCHIAVO.



LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: Príncipe 4c Vergara, 42 y 44. Apartado 33

Año VIII | Madrid, 15 Noviembre de 1929 | Núm. 392

Otra Castiza de Samaria

(Estampas Isabelinas)

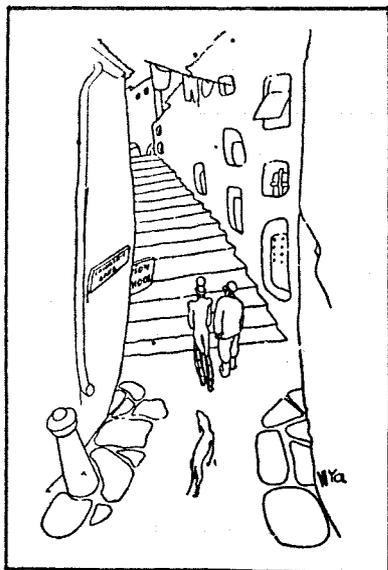
POR

Don Ramón del Valle-Inclán

Ilustraciones de PUYOL



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
— EDITORIAL ATLANTIDA
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 13, Madrid.



I

La Antorcha de Gadex, logia del rito escocés, famosa en los anales revolucionarios, acordó enviar parlamentarios al Desterrado de Londres. Los Hermanos * Pomponio Mela y Claudio Nerón, ** una noche de aquellos idus julianos, salieron de escondite para embarcarse en Gibraltar. Y esperando pasaje hicieron conocimiento con dos tenientes de Cazadores, capitanes graduados por la campaña de Africa. Otro día se les juntó un clérigo sin licencias, que mediaba en los tratos para sublevar al Fijo de Ceuta. Reunidos, tomaron pasaje a bordo de un viejo vapor abanderado en Gibraltar y perteneciente a la casa armadora Lewinson y Calvo. Embarcaron una tarde de bochorno, aburrida en la lectura de la biblia. Azoteas, mástiles, banderas, geometría castrense, cañones, go-

gretes colorados. Improvisó Nicolás Estébanez, uno de los capitanes:

De la suerte me acosan los reveses.
Dígalo mi gabán de tiritaña.
Soy como Gibraltar, que está en España
y pertenece todo a los ingleses.

II

Todas las noches hubo partida de monte en el fumador. Llevaba la banca Pomponio Mela. Eran puntos los militares, el clérigo sin licencias, varios desconocidos del pasaje y el Hermano * Claudio Nerón—Paúl y Angulo—. Apuntaba contra los reyes, jugaba en las sotas. No cobraba ni perdía puesta sin darse un latigazo del néctar jerezano. Estaba pendiente en el descarte de un entrés, la segunda noche de travesía, cuando el camarero le entregó un papel misterioso, escrito con lápiz. En pie, dando lumbre a la tagarnina, cobró su puesta y salió a la noche multiplicada de estrellas, en el salsero de las ondas. Caía la luna sobre la obra muerta y destacaba el bulto de un hombre recostado en la amura de babor. Paúl y Angulo se acercó con desconfianza cegatona:

- ¿Eres Fermín?
- El mismo.
- ¿Dónde embarcaste?
- En Cádiz, disfrazado de marinero como me ves.
- ¿Vas a Londres?
- Voy a Londres.
- ¿Sin dinero?

—Con muy poco. Pero va un amigo, con menos dinero que yo, y para ese necesito que me prestes veinte duros. Me obligo con un compromiso solemne. Comprendo que es una cantidad respetable... que con ella vive un mes una familia, pasándolo bien.

—¿Tú vives con ella?

—¡Hombre, yo no la gasto! En el sollado, pareja conmigo, duerme el príncipe Pedro Kropotkin. Digo, no duerme, que sus grandes pensamientos le tienen en vela. En Cádiz reunimos un socorro, poca cosa. Disimuladamente pasamos a bordo tres compañeros; a mí me conmovió verle tan desvalido, y tomé de mí cuenta acompañarle. El Apóstol del Pueblo, ni un jergón tenía, ni una almohada donde reclinar la cabeza. Así va ese santo al destierro de Londres.

—¡Me has conmovido, Fermín! Ese príncipe tiene toda mi simpatía.

—Es un San Pablo. ¿Qué puedes hacer por él?

—Lo que tú harías.

—¿Tanto?

—Más.

—Yo le tomaría pasaje en la segunda cámara.

—Yo, en la primera.

—No vamos a pujas.

—No vamos. En este bolso hay trescientas esterlinas, destinadas al Comité Revolucionario de Londres. Tómalas. La única revolución decente es la rusa. Cuando pierda la última peseta, me haré anarquista. Toma la bolsa, Fermín.

—Echame el aliento.

—¿Sospechas que estoy borracho?

—Borracho, no; pero has bebido.

—Yo bebo siempre.

—¡Y siempre estás exaltado!

—Fermín, ¿tú no bebes nunca?

—¡Jamás!

—¡Pues no sabes lo que es bueno! Sin vino, sin tabaco y sin fornicar, el mundo sería como para pegarse un tiro.

—Sin esos tres anzuelos el mundo nos retiene.

—¡A los santos!

—Y a los revolucionarios.

—Toma la bolsa.

—Retiraré el préstamo, y si durante el viaje piensas otra cosa, me lo dices y recobras la suma sin otra merma.

—¡Voy a tirarte por la borda!

—Te hablo en conciencia.

—Tú pasas a segunda con el Apóstol.

—Los lujos acostumbran mal el cuerpo. El Maestro aceptará porque su salud no le consiente otra cosa.

—Voy a entenderme con el sobrecargo.

—No te precipites. Déjalo siquiera hasta mañana.

Se oía el tumulto de los jugadores, que zurrados abandonaban la partida, y en alborotada cuerda salían por el postigo del fumador. Lumbres de cigarros en fila lucieron sobre la amura. Las entreabiertas braguetas vertieron aguas en el mar de estrellas.

III

El príncipe Pedro Kropotkin iluminaba el nuevo alojamiento con su ancha sonrisa barbuda, de apóstol eslavo. Los ojos, en una mirada clara, de una jovialidad campesina, no mostraban asombro, y su expresión podía ser de amorosa confianza en la caridad de los hombres. Ataba y ordenaba libros en el fondo de un maletín de cuero:

—En caso de naufragio, procuraré salvar mis manuscritos, como el poeta Camoens.

El compañero Salvochea tuvo la imagen del apóstol saliendo con sus manuscritos a una cosa de nieblas y faros ingleses.

—No ocurrirá esa desgracia.

El príncipe abrió el cajón de una mesilla y sacó dos velas de esperma.

—No falta detalle. La burguesía occidental vive con refinamientos desconocidos en Rusia.

La ancha y barbuda sonrisa del Maestro, la frente calva, morena, luminosa, los claros ojos inocentes como dos berzaz, producían una emoción religiosa en el compañero Salvochea.

—Maestro, usted está necesitado de descanso.

—Sin duda, esta noche no podré trabajar mucho tiempo.

—Vive usted sin dormir, Maestro.

—Llamo al sueño, pero no acude.

—Esta noche no será lo mismo, la litera es más blanda que el sollado. ¡Maestro, hasta mañana!

—Compañero, escúchame. No quisiera

disfrutar esta litera sin agradecérselo, primero, a tus amigos.

—Maestro, eso queda para otro momento.

—¡Una brava gente tus amigos! Siempre los españoles seréis nietos de Don Quixote.

—Amistad solamente tengo con uno, amistad fraternal, desde la escuela...

A los otros cuatro no los conozco.

—¿Tu amigo es de los nuestros?

—Muy cercano.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Paúl y Angulo.

—Paúl y Angulo. ¡Buen nombre de revolucionario. Vamos a saludarle. Paúl y Angulo. Nombre de convencional.

El príncipe Pedro Kropotkin se alzó de la litera donde había permanecido sentado. Era de talla gigante con la sonrisa barbuda, campesina y jovial de los santos románicos.

El compañero Salvochea abrió la puerta del camarote: al extremo del corredor resonaba la perenne disputa de los cinco españoles.



IV

Prim no ha hecho declaraciones republicanas.

—Aun puede hacerlas.

—No las hará.

—Don Juan Prim es un patriota.

—Y un monárquico rabioso que está en tratos con la reina madre.

—¡Baba de envidiosos!

—Si busca una solución monárquica, es natural que se entienda con las personas reales.

Paúl y Angulo enronquecía asegurando el triunfo del ideal republicano en España y Portugal.

—Don Juan dará un manifiesto.

—Nicolás Estévez, teniente graduado de capitán por la campaña de África, ponía acotaciones al margen.

—¿El ideal republicano? ¿Qué ideal republicano? Son muchos y contrapuestos los ideales republicanos. ¿República unitaria? Pues este cura no está conforme.

Y sacando un juego de bufas concordancias, saludó con una genuflexión al clérigo sin licencias. Saltó el aludido:

—El cura está conforme. Quien no parece estarlo es el simpático hijo de Marte.

—Mis ideales no son una República unitaria—vociferaba Paúl.

—Usted es un pimargaliano.

—Creo que soy un socialista federal, no estoy muy seguro.

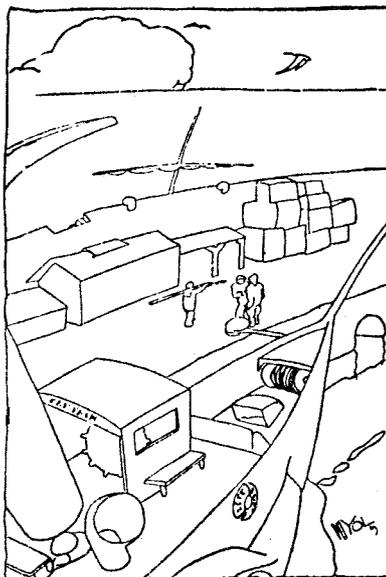
El clérigo, entornando la puerta del camarote, se colaba por el rendijón.

—Es usted un hombre sano de espíritu y de cuerpo, y con ese simpático optimismo se pueden profesar todas las utopías libertarias, sin contaminarse. Caballeros, la conversación es muy agradable, pero aun tengo que rezar mi breviario.

Se desgañitaba Paúl y Angulo.

—Una vez por todas reniego y maldigo de la revolución hecha por espadas. Temen al pueblo, y quieren tenerlo en la puerta de las tabernas, jaleando el paso de los soldados. Un pronunciamiento más para que dirija una proclama a los españoles el hijo de Luis Felipe. ¡Que no acabe con toda esa real canalla un cólera morbosos asiático! ¡Una viruela negra! ¡Un rayo del infierno!

A lo largo del corredor alumbraban nebulosas candilejas de petróleo. La llama tenía un aire miope en el abombamiento de los tubos gruesos como vidrios de linterna.



V

El príncipe Pedro Kropotkin permanecía en la puerta de su camarote. La figura, enorme, tocaba con la cabeza el dintel.

El compañero Salvochea, en el corredor, bajaba los ojos sobre el paso de hule. Le cohibían las interjecciones y sacrilegios con que los cuatro españoles apostillaban propósitos y discursos revolucionarios.

El apóstol eslavo, en la puerta del camarote, abobaba los ojos inocentes, bajo el ceño de evangelista.

—Compañero Salvochea: tus compatriotas no conspiran, blasfeman. ¿Ese violento, sin duda es tu amigo Paúl y Angulo?

—El mismo, Maestro.

—Presentí que lo era. Todos quieren lo mismo y ninguno está conforme: en eso parecen rusos. ¿De qué desesperan? Jamás escuché revolucionarios con mayores esperanzas. Oyelos. Una semana, un mes, la vendimia a lo más largo, y será un hecho la Revolución Española. Oyelos.

—A mí propio me oigo en esos textos.

—Compañero, la revolución que no tiene una entraña religiosa, una misión social: es agitación estéril.

—Un lazo estrecho une a todos los revolucionarios españoles.

—Una revolución no es una represalia.

—Puede ser un justo castigo, Maestro. La Revolución Española significa la protesta de todo un pueblo que exige buenos ejemplos en las alturas.

—Una revolución no es una represalia, ni un cadalso. ¿Qué frutos promete al pueblo español el castigo de su reina? ¿Le concede libertades? ¿Establece el Reinado de la Justicia Social? Vuestra Capeta, ajusticiada, es un episodio para figuras de cera. Carlos Stuard, Luis Capeta, María Antonieta, una cabeza más, las cabezas de todos los tiranos, no son un concepto revolucionario ni una filosofía política. Se acabaron los tiranos. Vengan tiranos, ya una vez gritaron ¡vivan las cadenas!

—Así es, aunque me duela reconocerlo.

El compañero Salvochea, en la humillación de su sentimiento patriótico, gustaba un dolor encendido de probidad, acendrado por los íntimos votos de llevar al pueblo la prédica socialista y convertir al paria en ciudadano.

El dulce gigante, sonrojándose, procurándose la misma humillación, recordó, como acto de justicia, ejemplos de Rusia:

—El mujik también ama el látigo de los zares. Hace miles de años que lleva llagadas las espaldas. Compañero Salvochea, en nuestra peregrinación por el mundo, aun oiremos muchas veces el grito de "¡Vivan las cadenas!"

Sentíase el barco alegre y marino, con el ruido del mar por el costado y el crujir de las cuadernas. El príncipe salió del marco de la puerta y fué hacia los disputadores, seguido del compañero Salvochea. Paúl y Angulo sintióse llamado por la barbuda sonrisa, y mudó del impropio menestral a fórmulas corteses de andaluz señorío:

—Yo soy el deudor; la deuda yo la contraigo, Maestro; soy un entusiasta de sus ideales, y con esa exigua suma se me admite a colaborar en los futuros destinos revolucionarios del mundo.

Cayo Graco y los militares, con diversos estilos, también expresaron sus sentimientos cordiales al gran revolucionario.

El teniente Estébanez, emocionado y francote, finchándose, solicitó del maestro autorización para abrazarle:

—Ya estoy compensado del viaje.

Luego el príncipe Pedro Kropotkin abrazó a los otros, y, finalmente, todos se abrazaron, sellando obligaciones fraternales, con un entusiasmo secreto por el ritual del Triángulo.

El príncipe, con un giro oriental, indicó su deseo de retirarse:

—En el mar no cantan los gallos.

Acompañaron al maestro hasta la puerta de su camarote y, bendecidos por la apostólica y barbuda sonrisa, reanudaron, en el extremo del corredor, las disputadas letanías revolucionarias. Fermín Salvochea, muerto de sueño, después de escucharlos un momento, se fué a dormir al sollado.

VI

El compañero Salvochea pasó por el mundo austero y candoroso como los pescadores que, calafateando las barcas, oían las ilusionadas parábolas del carpintero. En el momento de tomar la escalera se sintió detenido. Una mujer en cabellos, toquillón y enaguas, crispaba los falsos anillos, tirándole de la blusa, llamándole a un lado, lívida, con cara de susto, espantaba los ojos explorando las sombras del sollado:

—Español, no pases. La muerte te espera. Por tu madre, no pases. No te enfrentes con mi hombre.

—¿Quién es tu hombre?

—¡Judas Renegado! El que ayer tarde tuvo la gran zaragata con el Griego. Uno muy majo. ¡Quien más la pinta! ¿No te haces cargo? Pues habéis cambiado palabras. ¡No te le enfrentes! Yo estoy aquí con la orden de camelarte y ponerte indefenso en sus manos. La intención es matarte y robarte la bolsa de oro que llevas sobre ti. No me desmientas, que acabo de palpártela.

El compañero Salvochea, con risueño escrúpulo, advirtió los corales del descote, la mustia flor de trapo que llevaba en el pelo la prójima del Judas Renegado:

—¿Tu hombre quiere matarme y robarme?

—¡Así es!

—¿Pero indefenso?...

—Indefenso en mis brazos.

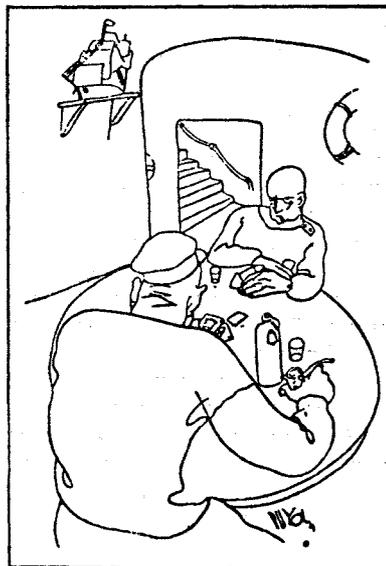
—¿Sin esa condición?...

—No te le enfrentes esta noche, que muy fácil acontece una desgracia. Déjalo venir contra mí y que desahogue la rabia primera poniéndome negra.

—¿Te enamora su mal trato?

—Nada me enamora. que le aborrezco.

—¿Por qué le sigues?



—Será mi destino seguirle.

—¿Por qué esta noche le desobedeces?

—¡Antes que hacer contigo papeles de mujer mala, prefiero la muerte! Tú estos días me has mirado tan compasivo, que con gusto te hubiera contado las amarguras de mi perra vida. ¡Tú eres muy otra cosa de lo que dice esa ropa de marinero! ¿A qué marinero le confían un capital como el que tú llevas contigo en la hora presente? Ya que la bolsa te suena, págate pasaje de cámara. ¡Por tu madre, no pases! ¡No más lo dudes! Antes de separarnos permitirás que te bese la mano.

El compañero Salvochea la vió de rodillas; el toquillón de estambre cayéndole por las caderas, la garganta con sartales, la flor de trapo en el pelo, triste, lupanaria. Le abrazaba trabándole las piernas, lívida, dramática; con un escorzo epiléptico volvía la cara y espantaba los ojos en las sombras del sollado. El bulto de un hombre salió de improviso. El enorme facón que levantaba lucía, suspendido, bajo la luna.

La mujer, atrevida, convulsa, cortándose las palmas, se lo arrebató:

—¡Sin herramienta!

Con remanque del brazo manda el facón a las lunas del mar.

El compañero Salvochea sucumbía en la lucha, ronca y brutal, con aquel hombre que le agarrotó, que le hunde las rodillas en el pecho. Las manos de la mujer, tibias de sangre, corrían ligeras, registrando la blusa del compañero. Con la bolsa escapó sobre la borda.

—Al mar la tiro como no sueltes a ese hombre. Al mar se va conmigo, como sigas apretando.

Las voces estridentes de la luvia alarmaron al coime, que, vuelta la cabeza, seguía apretando con una mueca forzada y patibularia. El punto condenado, de repente intuyó que acababa su fuero sobre aquella mujer con las carnes llenas de golpes. Su alma aleteó asombrada con una sima de resplandores románticos:

—¡Mujer sin alma, buscas perderme!

—¡No ladres, gran maula!

La mujer se vencía tanto sobre la borda, que ya no tocaba la cubierta con los pies. Enseñaba las medias listadas y los broches de las ligas.

—¡Ladrón, asesino!

—¡Levanta las manos!

—¡Ponte fuera de vista!

El compañero Salvochea debatíase, con las uñas clavadas en los pulsos del facineroso. Corría por la borda la luz de un farol. La mujer luchaba con el sereno del barco; llenaba la noche de gritos, suspensa sobre el mar por las enaguas; enredado por los flecos fiameaba el toquillón. Pegándose a la amura, escurríase el punto condenado. El compañero Salvochea, desconcertado, confuso, probó a incorporarse. Dolorido de la garganta, el pecho con angustias, la frente con fríos sudores, anublándosele los ojos, vió el mar, como negro espejo, y la obra muerta con la luna, y la blanca mujer en cabellos, colgando por las enaguas. Se desmayó en un tumulto de luces y de voces. Recobró el sentido sobre una litera de segunda. La ancha sonrisa barbuda del gigante eslavo le acompañaba.

VII

El vigilante nocturno, con una mano sobre el cuello de la frenética y la otra levantada con el bolso de oro, testimoniaba ante el piloto de guardia:

—Pasaje de Gibraltar. Rol de tercera. Viaja en compañía de un amigo. Parece que hubo disgusto y, desesperada, ha intentado tirarse por la borda.

El piloto cargó la pipa, se la puso en los labios, la dió fuego, tragó el humo dos veces y estiró las piernas:

—A la barra.

—¿Y el amigo?

—Con madama.

—A lo que parece, la desavenencia estuvo en esta bolsa.

El piloto recogió las piernas, al mismo tiempo que se retiraba la pipa de los labios para interrogar a la desesperada:

—¿Es tuya?

—¡No! Se la robé a un santo.

El vigilante nocturno, sin fantasía, redujo el hecho a raíces prosaicas:

—Se la robaron a un español ésta y su coime.

—¡Yo sola se la robé, y no ha sido por menos que para salvarle la vida! A él se lo pregunten, si no le ha matado ese satánico, que cuanto más goza es cuanto más negro tengo el cuerpo de sus crueles tratos... ¿El español es vivo? ¡A ese santo que le pregunten de mi culpa! Sobre la borda, por la bajera, me salvó de la muerte este bárbaro. ¿Por quién daba mi vida tan desesperada?

En la puerta del camarote, el médico de a bordo venía tocándose la visera. Bajo el brazo sostenía un estuche con instrumental:

—¡No ha hecho falta nada! La cosa estuvo seria; un intento de estrangulación.

El piloto volvió a ponerse la cachimba en la boca y a estirar las zancas. Sacó el revólver que tenía en el cajón de la mesa, sobre la caja de puros habanos, y lo descargó escrupulosamente. Con el mismo reparo y parsimonia volvió a incrustarle los siete balines:

—Un cabo con dos hombres. ¿Quiere usted acompañarme, doctor? Voy a poner en la barra al amigo de madama.

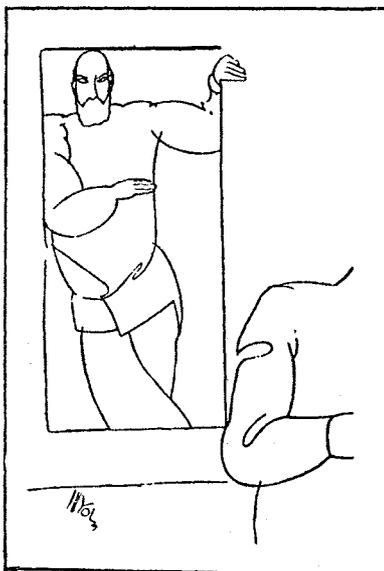
La clamorosa cruzó sobre la cadera las puntas del toquillón y accionó con una mano:

—Señor míster, a una servidora usted la pone grilletes, la encuelga de un palo, pero la remite de ir a la barra en pareja con ese moreno. ¡Sorda me quiero antes que oír el relajo de sus textos! ¡Ciega antes que verle! Usted, señor míster, me carea con el español, y que ese santo me acuse. Primero de todo, séame devuelta la bolsa del dinero para que a la presencia de todos ustedes una servidora se la entregue.

Cortó el piloto humorísticamente:

—Usted, señora, y la bolsa, quedan depositadas sobre la mesa, con un guardia de vista, hasta mi vuelta. ¡Andando!

Del mamparo de la cámara despegaron dos bultos con carabinas, el farol del condestable, una bocamanga galoneada.



VIII

El tunante, agatado entre fardos, en el oscuro de la bodega, atacaba la boca de un trabuco, el ojo atento a la escala del escotillón. Por allí llegarían a prenderle. En la oscuridad, dispersando a las ratas, alumbró una linterna. En el vértice del cono luminoso bailaba la minúscula figura de un vejete con paletó y gorra de músico.

—¡Indalecio, no te juegues la vida!

—¿Cómo usted aquí, don Teo?

—Te sigo los pasos.

—¿Que usted ha entrado cegándome? Usted, don Teodolindo, solfeaba algún negocio entre estos fardos.

—Mi solfa es darte un buen consejo. Estás, hijo, en una ratonera, y con la resistencia agravas un hecho que en sí no es nada. Dos hombres que riñen ciegos por una mujer. He procurado enterarme, y al español, en el término de ocho días, no le quedan ni señales del daño. Te arrebataste cuando has visto que la mujer de tus delirios recibía el bolso de dinero. Esa es tu defensa, Indalecio. Buena defensa, si no te dejas envolver. Todo lo más, un mes a la sombra, cultivando relaciones en Inglaterra.

—Para ser así, había usted de presentarme en un plato la lengua de la Sofía. ¡Don Teodolindo, esa viperina me delata!

—¿Porque te aborrece?

—Así es.

—¿Busca perderte?

—¡No es otro su deseo!

—¿Concertaba fugarse con el español? ¡Abandonarte! ¡Hundirte un agudo puñal en el corazón de cal y canto!

—¡Otra mujer de Putifar, don Teodolindo! Sí, señor, y tómelo usted a soflama.

—¿El español dejaba la capa?

—¡El español es un babieca!

—Indalecio, esa historia hace época en los Tribunales ingleses. El casto José este invierno se lo chupa muerto de frío y sin capa. Todo será que le pongan de moda las Gacetas de los Tribunales.

—Don Teolindo, usted no cuenta con mi genio. Seré un mala cabeza, lo que usted quiera, pero me sobra dignidad, para dejarme conducir a la barra como un manso cordero. Los primeros que asomen por esa escala, palman.

—Y de una culpa honrosa, según habíamos convenido, te haces reo de muerte. Indalecio olvida las matonadas, es hombre de provecho. Considera que estás llamado a un cambio de fortuna; mira, hijo, que nos regeneramos si sale el negocio de Londres. ¡Y tal como está planeada, no falla!

—¡Yo voy a ciegas!

—Según lo entiendas.

—¿Qué se me ha dicho? Que al desembarque recibiré el diario de una esterlina, y que usted me dará la consigna.

—Pues ya sabes bastante. Una libra esterlina para darte postín, y pagados los gastos de hospedaje tuyos y de la Sofí.

—¿Y por cuánto tiempo ese bizcocho? ¿Se me ha dicho? ¡No se me ha dicho nada! Las esperanzas de usted no son las mías; usted conoce a fondo el curelo, y un servidor va a ciegas.

—¡Indalecio, no te hagas el guaja! ¡Tú sabes demasiado!...

—Lo que usted y el otro socio han querido decirme. Que se va sobre un negocio de contrabando.

—¿Eso te han dicho?

—¡Eso!

—Recuerda algo más.

—Usted me preguntó que si había cosa que se me pusiese por delante.

—¿Y has respondido?

—¡Que no la había! ¡Porque no la hay! ¡Y usted pronto va a verlo!

—¡Aquí no! En Londres, Indalecio... Ese trabuco lo descargarás en Londres...

—¿Contra quién?

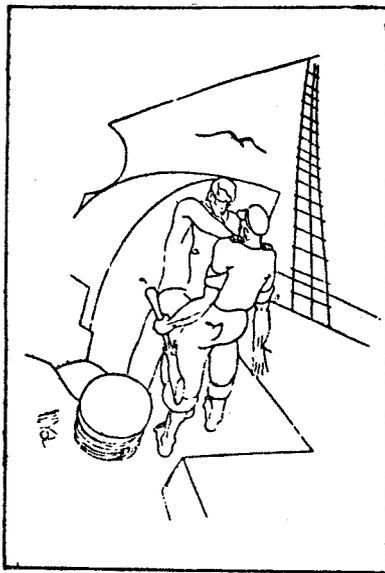
—Lo sabrás a su tiempo.

—¡Contra Prim! El día que embarcamos tuvo un sueño la Sofi.

—Indalecio, no sueñes con grandezas ni te guíes sobre los infundios de la Sofi. No son para nosotros esos honores. Un crimen político nos sacaba de la oscuridad, y para las mismas familias no era una deshonra. Tendríamos defensores en la Prensa europea. ¡Qué de retratos en las ilustraciones!... Si nos echaban el guante... En un caso como ése, el golpe se estudia despacio, con planos del terreno. ¡Tú no sabes cómo se trabaja en Londres! En el día, uno de los más finos planistas de aquella plaza, es un español. Reconocido como la primera cabeza. Esa visita tenemos que hacerla. Entrégame el trabuco, lo esconderé entre estos fardos. Ahora salimos, vas a la barra, y fumando un cigarro, y cantando playeras, aguardas a que te complimente el piloto de guardia.

—¡Tampoco estaría mal el golpe!

—Dame el trabuco. Lo descargarás en Londres. Ten presente que eres un amante celoso, un tipo de novela; eso da categoría.



—Asegure usted la lengua de la Sofi.

—Le hablaré al alma.

—Que esa tía mundana declare como el gilí; para camelarla le hizo tomar la bolsa al peso, y mi pena no es ninguna.

—Me alegro que lo entiendas.

—Vamos.

—No es prudente que me vean contigo. Echa tú por delante.

—Se pierde usted de oír un buen tenor en la barra.

Fué a tientas hacia el reflejo de luna en el escotillón, y gateó por la escala. Se le oyó cantar con estilo de trémolos menestrales.

IX

A tus plantas rendido vivía
con tu imagen en el corazón,

...y tu pecho de nieve escondía
para mí la más negra traición!

Indalecio Armesto cantó toda la noche en la barra. El piloto que en el camarote de cubierta escribía las diligencias se quedaba escuchándole suspensa la pluma. La prójima, con un aire lánguido de tísica ardiente, se recogía el toquillón sobre los hombros, se alisaba las ondas, escupía en la punta del moquero.

—Ya puedes dar el do.

—¿Es cante jondo?

—No, mister.

—¿Andaluz?

—Por todas partes se canta.

—¿Gitano?

—Habanero.

—¿De los negros?

—Y de los blancos.

—Doctor, ¿usted se duerme?

—¡No me deja ese canario romántico!

—¿Tiene usted redactado el parte?

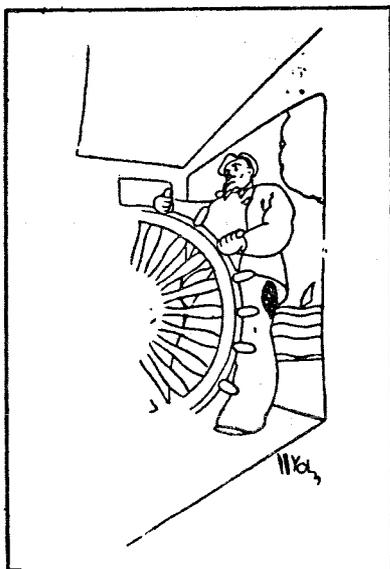
—Lo redactaré mañana.

—Haremos la indagatoria en la segunda. A ser posible, las diligencias deben pasar ultimadas al compañero que entre de guardia.

La mujer se puso en pie al borde de la banqueta de hule, el cuello lívido, brillante de sargas, mal prendida en las ondas del pelo la flor de trapo.

—¿Van a carearme? Mister, que usted se vea recompensado.

El sereno tomó su farol y salió alumbrando, la mano libre sobre el cuello de la prójima. La disputa de los españoles resonaba a babor, en el pasillo de segunda. Habían sacado banquetas a la puerta de los camarotes, y fumaban alternando disputas, en camisa y calzoncillos para estar frescos. Una voz tronaba con el nombre de Prim. La histórica mujer se santiguó brizada por las imágenes de un mal sueño que había tenido la primera noche del embarque frente a las luces de Gibraltar. El trabuco del amante, que ella había pasado bajo las faldas, comparecía en una rueda de puñales, salpicado de sangre, puesta de medio lado la gorra del moreno. El trabuco sacaba un baile. ¡Vueltas, vueltas, vueltas! La gorra salía disparada. Se despertó, y al removerse —lo recordaba— le saltó de encima una rata. Juntaba los enigmas del sueño al enigma de un hombre gordo, vestido de blanco, cadena de oro en el chaleco. La noche del embarque, reclinada en la borda, con un clavo en las sienas, le había visto hablar secretamente con don Teo. Por alguna palabra indujo que el negocio que tramitaban era de compromiso, y no menos que la muerte de un



naba con el nombre de Prim. La histórica mujer se santiguó brizada por las imágenes de un mal sueño que había tenido la primera noche del embarque frente a las luces de Gibraltar. El trabuco del amante, que ella había pasado bajo las faldas, comparecía en una rueda de puñales, salpicado de sangre, puesta de medio lado la gorra del moreno. El trabuco sacaba un baile. ¡Vueltas, vueltas, vueltas! La gorra salía disparada. Se despertó, y al removerse —lo recordaba— le saltó de encima una rata. Juntaba los enigmas del sueño al enigma de un hombre gordo, vestido de blanco, cadena de oro en el chaleco. La noche del embarque, reclinada en la borda, con un clavo en las sienas, le había visto hablar secretamente con don Teo. Por alguna palabra indujo que el negocio que tramitaban era de compromiso, y no menos que la muerte de un

hombre. La Sofi, en el primer momento, no experimentó ningún sobresalto, triste, desidiosa, razonable. Después el gordo daba cuerda al reloj de oro que cantaba haciendo la rana. Don Teolindo le pagaba unas copas a Indalecio. Como aun le duraba la ceguera, entonces fué el sobresaltarse. ¡Y tan mareada! ¡Y tan mareada! ¡Con aquel dolor fijo en las sienes! ¡Todo a dar vueltas! El sereno no pudo sostenerla. La Sofi, golpeándose, rechinando los dientes, cayó convulsionada. Entre el desgarre de las ropas palpitaba la carne desnuda y lívida, con un furor de mal sagrado. Frenética torcía la boca con un alarido espumante. La sujetaron brazos forzudos. El doctor gesticulaba, pedía a todos una cuchara, para ponérsela entre los dientes y prevenir que se tronzase la lengua. El pasaje asomaba en las puertas. Una rubia, con papillotes y peinador de lazos, ofrecía su frasco de sales. La Sofi, pasados los primeros furores, estrangulaba risas incoherentes. Exánime la pusieron en una litera. Movía la cabeza sobre la almohada con aceleración obsesionante. La rubia de los papillotes le aflojó las enaguas, con orden a los hombres de que no mirasen. La Sofi, desmelenada, lívida, muy azules los ramos de las venas, trascendía un encanto melodramático de figura de cera. El doctor se puso intratable, y la dejaron sola. La rubia de los papillotes, que removía la poción antiespasmódica, pasó el vaso y la cucharilla a una enfermera y se retiró majestuosa. La Sofi, desvelada, sentía el balance y el rodar de las olas por el costado. Era un saltar alegre, con rumores como palabras. Muchas veces hablaban en las olas, muchas almas. Almas de mujeres afligidas, negras de los golpes de sus enamorados. Mujeres como ella, libres de llorar penas en el mundo. Todo se acaba. El amor más a prueba se acaba. En el fondo del mar, los más grandes infortunios tienen su remedio. Se desvelaba. La enfermera, sentada enfrente, hacía ceremoniosos saludos. La puerta y el ojo de buey estaban abiertos para que se renovase el aire del camarote. La enfermera dejó de saludar. Con la barbilla en la tabla inglesa del pecho roncaba. Dos alegres pasajeros cruzaban el pasillo.

—¡Tenemos un tenor en la barra!

El otro ponía un ejemplo de estilo:

“Eran ley para mí tus antojos;
yo vivía rendido a tus pies;
¡me miraba en la luz de tu ojos,
esos ojos que son dos quinqués!”

X

El teniente Estébanez—capitán graduado por la campaña de Africa—refería con gracejo el alarde de valentón que no dejaba de cantar y tenía en vela al pasaje de tercera.

—¡Más éxito que Tamberlik en “Puritanos”!

Sentenció Paúl y Angulo:

—¡Que le pongan una mordaza!

—Tendríamos una revolución a bordo. Se ha hecho el amo de la tercera.

Maduraba el teniente Pons:

—Y es el caso que yo conozco a ese punto.

—Parece un chulapo romántico, que son los peores. ¡Vaya repertorio de polkas y habaneras, sembrado de besos ardientes, corazones, puñales y celos!

Paúl y Angulo se limpiaba los ojos, ligeramente enrojecidos, y volvía a ponerse las gafas azules.

- Un Espronceda de Ceuta—estalló el teniente Pons.
 —De Ceuta le conozco. Sirvió en el Fijo. Estuvo en la banda.
 —¿Estás seguro?
 —Segurísimo. Estos tiempos navegaba por los cafés de Madrid. Tú también le conoces, Nicolás. El violón del café de Minerva.
 —¡El Melenudo!
 —El Melenudo.
 —¡Pues mucho ha cambiado!
 —Le he tenido en filas sin adornos capilares, y no se me despinta. Ya entonces se pasaba los arrestos cantando ese repertorio.
 —Hubiera estado bien darte a conocer.
 —Seguramente le hubiera parado un poco.
 —¿Y el amigo?
 —Un poco ronco.
 —La cosa iba de veras.
 —¡Y tanto!
 —¿Qué ha declarado?
 —Un infundio para salvar a esa pareja de picaros. La prójima recogió la bolsa con el santo propósito de entregársela.
 —Se le había caído.
 —Se supone. Al tomarla recibió un golpe, cayó y no sabe más.
 El príncipe Kropotkin se llevaba un dedo a los labios.
 —¡Un poco más bajo, de todo se entera! Comparto su escrúpulo de no meter en la cárcel a esos desgraciados; en la cárcel no se harían mejores.
 Paúl y Angulo esforzó la voz con jocosos imperio:
 —Fermín, procura dormirte y no seas pelmazo.
 Se oyó la voz lastimada del compañero.
 —¿Y vosotros qué hacéis toda la noche sin acostaros?
 —La noche ya se fué.
 —¿Amanece?
 —Amaneció.
 —¿Qué hora es?
 —Las siete. Estamos a la vista de Liverpool.
 La Sofí asomaba sigilosa y descalza:
 —Permitirán ustedes que me explique con ese santo.
 Sorpresa, dudas, recelos; todos miraban a la prójima, que, descalza, mal ceñidas las enaguas, envuelta en el toquillón, apoya el hombro en el tabique del pasillo y se lleva una mano a la frente. Paúl y Angulo murmuró en sordina, con guasa chispona:
 —¡Una artista!
 —Esta canta "Traviata"!
 La mujer se despegó del tabique:
 —Para ustedes soy una grandísima ladra... En sus caras lo leo. Ladra otras veces lo habré sido, y una esclava de ese mala sangre. Por haberme rebelado esta noche, me puso el cuerpo negro.
 El compañero Salvochea salió de su camarote, en mangas de camisa, abrochándose los tirantes. Un vendaje blanco en torno del cuello le sujetaba las compresas de árnica.
 —Dice verdad. La vida me ha salvado.
 —Y si no acude el vigilante, con los peces está la Sofí.
 Paúl y Angulo, en lucha con las tiernas efusiones del mosto jerezano, se mostró cruel:

—¡Lástima de final dramático! ¡Una Ristori!

La Sofi le miró con indiferencia.

—¡Una desgraciada! Caballeros, ustedes me dispensen que les haya molestado.

Recogido el toquillón bajo el codo y apuntando con dos dedos, se despidió en rueda. Tenía una gracia marchita de costurera provinciana que lee novelas y anda de bailes. Al compañero Salvochea—último en el turno—le ardía la cara con el sobresalto de que intentase besarle la mano. Se la representaba sobre cubierta, tísica, ardiente, rodeándole las rodillas con los brazos desnudos, el pelo suelto y la flor de trapo en el pelo, como una Dama de las Camelias. La miraba otra vez, bajo el cielo de marinos luceros, y la penosa incertidumbre, la sensación de que había procurado trabarle las piernas, en acuerdo con el amante, volvía de lo inconsciente, avergonzándole. La lívida mujer solamente le alargaba dos dedos entre los flecos del toquillón:

—¡Santo del cielo! Usted sabrá mucho, pero usted no sabe de la misa la media, y ha declarado muy malísimamente queriendo redimir de la cárcel a un negro de la Guinea. Al alma que tiene, a una servidora, le pica la nuez. Diga usted que tanto se me da de la vida como de la muerte. Y en el fondo del mar no hay penas.

Balbuceó el compañero Salvochea:

—¿Qué teme usted? ¿Que la asesine?

—Naturalmente. Una servidora, al levantarse con el bolso para librarle de cometer una muerte, de más sabía lo que se buscaba. No se hable más. ¡Con Dios todos!

El príncipe Kropotkin levantó una mano sobre la cabeza de la Sofi.

—Quédese usted aquí.

La lívida mujer le clavó los ojos:

—¿Para qué?

El príncipe enrojeció:

—Para estar defendida.

—¡Si no me mata a bordo, me mata en el muelle! ¡Y a bordo no escapa!

—Creo que no le sacarán de la barra, pese a la favorable declaración del compañero Salvochea.

—¡Veremos la chiripa que me cae!

Se alejó desgonzada por los balances, tocando con los hombros las paredes del pasillo. El compañero Salvochea, atemorizado por aquellos agujeros, corrió a detenerla. La Sofi cayó de rodillas:

—¡Aquí no permanezco!

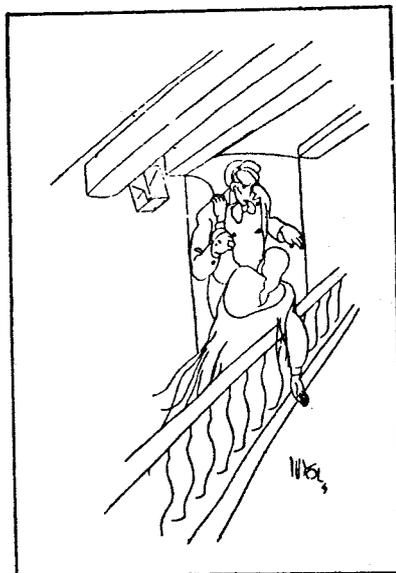
—¿Por qué?

—¡Tu vista me mata!

El compañero Fermín Salvochea volvió a sentir los brazos desnudos apretándole las rodillas con un afán amoroso. La reprendió:

—¿Quieres hacerme caer?

—Por segunda vez. Acaba el pensamiento. Me estás mirando todo fijo, y no sabes leerme. Es verdad como estoy a tus plantas, que cuando vi el puñal levantado sólo pensé que toda tu sangre me cubriese y estrecharme contigo



como una divina Magdalena. Entró y salió como un rayo por una ventana aquel pensamiento, y solamente me quedó la firme voluntad de salvarte. Ya lo sabes todo. Ahora, dame con el pie como a un perro.

El compañero Salvochea tenía una expresión agitada y confusa. La lívida mujer le miraba, y sentíase sobrecogido ante el enigma de aquellos ojos grises, asombrado de responsabilidades puritanas, frígido y dogmático. La llama de lujuria que ardía en aquellos ojos grises le daba miedo. Experimentaba un sentimiento confuso de antipatía, de terror y de lástima. Alargaba el tiempo sus momentos. No supo cómo la dió la mano para levantarla. Pero al verla resistir, sollozando humildemente, comprendió que estaba en la obligación de ser humano, y al reconocerse culpable experimentó un gran consuelo.

Tronaba Paúl y Angulo:

—El demagogo de Judea no rechazó a la mujer de Magdala.

El compañero Salvochea se ruborizó:

—Imitemos al Maestro.

XI

Fondol

Silbatadas y escapes de vapor. Caen las anclas con desgrane de cadenas, abriendo círculos de espuma. El pasaje invade la cubierta, transportando maletas, sombrereras, lios de mantas. Era general el sentimiento ahorrativo de esquivar propinas. Rostros que aun conservan la palidez del mareo, contemplan casi incrédulos la estabilidad de los muelles, prolongándose en un balance de toldillas y masteleros. Sacan su trompa entre la niebla imponentes grúas. Bcoyes, fardos, jaulas, cajas de maquinaria, ruedan entre azules patuleas, en un tráfigo de vagonetas, cables, palancas, poleas, flexores, volantes. Con la sanidad pasó a bordo la policía. Un comisario, dos gendarmes y cuatro gatos de la secreta. La Sofí se ocultaba en el grupo de los revolucionarios españoles. Anovelóse el pasaje. Corrieron fabulosas invenciones:

—Un complot de carbonarios para volar la catedral de Londres.

—Si a usted le parece bien, para volar el Parlamento.

—De cierto, nada.

—Londres no puede continuar siendo el asilo de todos los anarquistas del mundo.

—¿Bombas Orsini?

—Eso he oído.

—La tradición inglesa.

—¡Bombas Orsini!

—En una maleta abandonada en la primera cámara.

—De cierto, nada.

—Que la policía está registrando el barco.

—Y que ha sido descubierta una máquina infernal.

—El carbonarismo italiano...

—Los detenidos son contrabandistas de Gibraltar.

—Usted nos chafa el folletín. Un alijo de tabaco...

—Algo más. Asesinos pagados para matar a un general carlista.

La Sofí se apretujaba el toquillón por la cabeza. Quisiera tener alas. Escapar, volando sobre los blancas toldillas y las negras barcazas de hulla, perderse en la niebla de los tejados, en el humo de tantas chimeneas, aduendarse por aquellos castillos de luces y ventanas, suspensas por dos riberas. Se santiguó:

—¡Madre del cielo!

Comentarios de Tiberio Graco:

—¿Un general carlista? ¿Cabrera? ¿Y si no fuese un general carlista?

Asentimiento de Claudio Nerón:

—He pensado lo mismo.

Don Luis Alcalá Zamora plegaba los labios con eclesiástica reserva:

—No sería la primera vez que se atentase contra la preciada vida de D. Juan.

Condenaba el teniente Estévanez:

—¡Un Gobierno que apela a tan repugnantes medios es la deshonra de un pueblo!

Claudio Nerón soslayaba al clérigo sin licencias.

—Don Luis, ¿cree usted que el golpe venga de González Bravo o de Mastón Ferrati?

—Creo, sencillamente, que el golpe, de venir, viene de los enemigos de D. Juan.

—Habla usted como los oráculos.

—No tengo datos precisos para concretar una acusación.

—Saltó Paúl y Angulo:

—¡Yo, sí!

—¡Yo, no!

—¿Quiénes son los más acérrimos enemigos del general Prim?

—¡Los neos!

—No.

—¿Los moderados históricos?

—Los partidarios del duque de Montpensier.

Atenuadas sonrisas, leves dudas.

—¿Más que los isabelinos puros?

—Más. Y más que el naciente alfonsinismo. El general, que no ha hecho declaraciones republicanas, que ni siquiera las ha hecho antidinásticas, ha rehusado todo compromiso con Antón Perulero. ¿Qué dice el páter?

—Me asombro, y cavilo que sin pruebas muy evidentes no pone usted las sospechas en el francés de San Telmo.

—Estoy jarto de oír cómo respiran los partidarios del Naranjero. El pillete, el patulero, el pringado, son sus mejores alusiones al conde de Reus. Todo esto debe saberlo el interesado, y el objeto de nuestro viaje es que lo sepa, encenderle la cara.

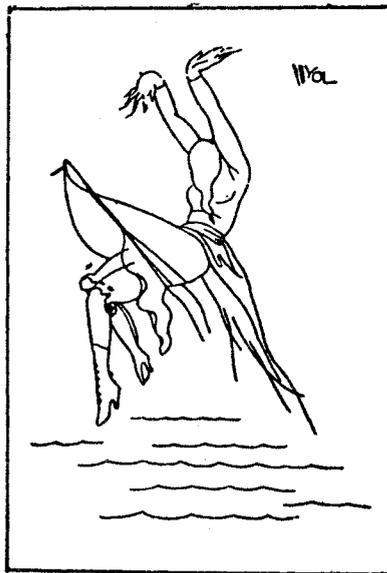
Sonrió cautamente el clérigo sin licencias:

—Y arrancarle declaraciones republicanas. Dudo que ustedes lo consigan.

—No queremos declaraciones, queremos una leal colaboración, el compromiso solemne de que será respetada la voluntad nacional.

El clérigo sin licencias se ungió de liberales promesas:

—Puedo asegurarles que no hallarán



la menor dificultad en su empresa. El general ha procurado siempre una inteligencia con las democracias españolas; pero ustedes también tienen sus santones, y no es siempre fácil entenderse con soñadores.

XII

El comisario examinaba las hojas de embarque en el despacho del capitán. Pedía aclaraciones. Releía notas de una cartera:

—Una mujer y tres hombres embarcados en Gibraltar. Sofía Aranguren, Indalecio Armesto, Teodolindo Soto. Los dos profesores de guitarra española. Pasaje de tercera.

—Mister Armesto viaja en la barra.

—J. J. Martínez. Trabaja el comercio de naranjas. Pasaje de primera. Los cuatro embarcados en Gibraltar. La policía, al interesar su captura, alude a un complot político urdido en aquella plaza.

La pareja de gendarmes apareció trayendo en medio al hombre gordo, vestido de blanco. Le encaró el inspector:

—¿Es usted el llamado J. J. Martínez?

—Juan José Martínez.

—¿Embarcado en Gibraltar?

—El mismo.

—Usted tendrá la bondad de acompañarnos.

—¿Se me permite bajar al camarote para cerrar las maletas y cambiar de ropa?

El inspector, antes de responder, miró a los gendarmes.

—El camarote de usted ha sido sellado.

Se inclinó el hombre gordo.

—Me será permitida la más enérgica protesta. ¿De qué se me acusa?

El inspector puso una sonrisa benevolente entre las patillas de cobre tostado:

—En Inglaterra la policía recibe órdenes sin conocer las causas.

—¡En todo esto hay una equivocación!

—Cumplimos órdenes.

—¡Soy una persona honorable!

—La policía no juzga, obedece.

—Protestaré ante mi Embajada.

El comisario se levantó sonriente.

—Entretanto, va usted a consentirme que le ponga las esposas.

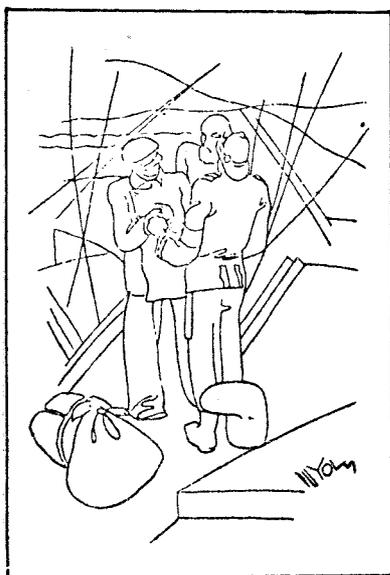
J. J. Martínez, el hombre gordo, le presentó las manos con cínica entereza.

—Repetiré con Garibaldi: Obedezco.

El comisario le clavó los ojos sagaces con atención jovial:

—Soy también un gran admirador del gran italiano.

Le puso las esposas con irreprochable destreza. El hombre gordo se había vuelto de cera.



—Se me trata como a un malhechor.

El comisario denegó con gesto placentero:

—Estas formalidades no prejuzgan la condición del preso. Usted, por ahora, queda aquí incomunicado. Vuelvo.

Abatido sobre la banqueta de hule, con un guardia de vista, el hombre gordo comenzó a preparar su defensa.

XIII

El pasaje se corría sobre la borda de estribor, por donde embarcaba la policía con tres hombres esposados y una mujer desesperada, que grita y saca las uñas/entre la pareja de gendarmes. Aun protestaban en el botolón los revolucionarios españoles, en grupo de girondinos. Las viejas litografías han perpetuado estos gestos. El compañero Salvochea permanecía en la escala, la cabeza desnuda, los rizos en vuelo, y el furor girondino se transfiguraba en zumba y jonjana:

—¿Será Fermín un D. Juan?

—Un D. Juan en estado de inocencia.

—Don Juan sin saberlo.

—¿Sin saberlo quién? ¿Fermín o nosotros?

El clérigo sin silencias, reservado y cismático, abrió un círculo de irónicas ambigüedades:

—¿Y si les dijese a ustedes que esa mujer es el diablo?

—¡Todas las mujeres!

Valle-Inclán

